



Los errores de los viajeros en palabras de Ruzbahān

Introducción por
Mahmud Piruz

Introducción

Alo largo de los últimos años en Occidente, el sufismo, como senda de amor y de realización espiritual, ha captado el interés no sólo de los círculos académicos sino también de un gran número de personas en busca de una vía de desarrollo y de perfección interior. Se han traducido muchos de los textos de los maestros sufíes a las lenguas occidentales, y se celebran cada día numerosos seminarios sobre la doctrina sufí tanto en entornos religiosos como universitarios. La literatura, en especial la poesía, y la música sufíes tienen un especial atractivo para los amantes de estas artes.

En paralelo con este florecimiento del sufismo en el mundo occidental, han ido apareciendo, especialmente en España por su largo historial sufí y por ser la tierra natal de algunos grandes maestros —como Ibn 'Arabi, Abu Madian, Abu Sa'ud al-Andalusi, etc.—, bastantes personas que se auto-proclaman maestros, y no sólo de una sino de varias órdenes sufíes a la vez, y numerosos centros que ofrecen cursillos y talleres de fin de semana cuyo único propósito es la fama y el enriquecimiento propio. En este «bazar espiritual» podemos encontrar a un grupo de personas desaprensivas, algunos de países con tradición sufí y otros autóctonos, que por el mero hecho de tocar un instrumento musical, de haberse convertido al Islam, de haber tenido algún contacto con el sufismo, o tan solo de haber leído algunos libros, se erigen en maestros dando charlas e impartiendo enseñanzas sufíes sin haber avanzado ellos mismos, bajo la guía de un maestro verdadero, lo más mínimo en el camino de la realización interior que

ello exige. Qué bellamente advertía Rumi a los buscadores, hace casi ocho siglos, contra estos falsos guías espirituales:

*Tú eres discípulo y huésped de alguien
que con su mezquindad te roba el fruto de tu vida.
No posee fuerza, ¿cómo puede volverte fuerte?
no emana de él luz alguna, sino que oscurece más tu mente.
Privado de luz propia, ¿cómo podrá a la gente
iluminar con su compañía?
Cual ciego es, que quiere curar tus ojos
y no hace sino dañarlos.
De Dios no hay ni aroma ni signo alguno en él,
pero presume de ser más elevado que Adán.
Critica con palabras a Bayazid y, sin embargo,
vergüenza de su interior siente gente como Yazid¹.
Ha robado las palabras de los darvishes,
para aparentar ser alguien importante.
Hasta el diablo se niega a desvelarle su rostro
y, sin embargo, él se proclama el más cercano a lo Divino.
Pobre de él, de todo el alimento del cielo
Dios no le ha arrojado ni un hueso siquiera.
Él canta: «¡Vosotros los simples, que sufrís hambre!
alimentaos del banquete vacío de mi generosidad».
Durante años, con la promesa del mañana,
le ha rodeado la gente, y nunca llega ese mañana.
Son necesarios años, para que su interior
se manifieste, revelando su verdadero valor.
Mas, cuando, finalmente el discípulo descubra su vanidad,
será tarde, porque se le habrá escapado la vida.*



Recuerdo que una vez llegó a mis manos el folleto de un curso de un maestro (permítanme no decir de qué país) donde se le presentaba como maestro de cinco órdenes sufíes. ¡Imagínense, aun cuando no sea un ejemplo muy exacto, a un occidental que vaya a un país oriental, y proclamándose superior de varias órdenes cristianas a la vez, sin ser quizás miembro de ninguna de ellas, imparta cursos y celebre talleres de fin de semana!

En este engaño tienen también un lugar especial las llamadas «música y danza sufíes», en donde encontramos cursos que ofrecen desde baile del vientre hasta giros de los sufíes, ignorando que lo que exteriormente parece una danza, a los ojos de los profanos, es el fruto del ardor del amor en el corazón del sufí,² y que la música es un medio para elevar este fuego interno y ayudar al sufí enamorado a enfocar mejor su atención en el Amado.

Con ello no quiero decir que ir a un concierto de música o baile sufíes sea una equivocación. Todo lo contrario, como cualquier otro concierto es bello y aporta paz a la persona. A lo que me refiero es a que el buscador no debe permitir que bajo pretexto de un taller o de un concierto le engañen prometiéndole experiencias místicas, o que tome ciegamente al músico o al cantante por un maestro espiritual. En toda la historia del sufismo en Oriente no encontramos ningún documento o texto que hable de algún maestro sufí que fuera de ciudad en ciudad, en busca de discípulos, dando conciertos musicales y celebrando bailes.

Muchos de los maestros sufíes, en especial los persas y los influidos por el sufismo persa, han utilizado y utilizan la poesía amorosa y la música en sus reuniones,³ pero al mismo tiempo advertían sobre los efectos no deseados que tales celebraciones podrían originar en los no iniciados y en los discípulos que todavía no habían alcanzado un grado determinado de desarrollo espiritual. Hasta tal punto que ni siquiera permitían que todos sus discípulos participaran en estas reuniones. El mismo Rumi re-

cordaba a sus discípulos:

*La danza no consiste simplemente en levantarse,
ni, como el polvo, sin pena del amor,
levantarse.
Danzar es alejarse de este mundo y del otro,
rasgar el corazón y de la propia alma
levantarse.*

El sufismo es una vía práctica de perfeccionamiento interior basada en una relación interior entre el discípulo y su maestro. Son necesarios largos años de dedicación y de compromiso; es amor y anhelo del corazón por el Amado, y cariño y servicio hacia Sus criaturas. Nadie puede pretender una transformación y un perfeccionamiento interior mediante cursos y talleres, y mucho menos sin la guía de quienes hayan recorrido esta Senda con anterioridad, y sin la dirección de un maestro auténtico.

A lo largo de la historia sufí muchos de los maestros han advertido a los buscadores, una y otra vez, sobre el peligro que corren tanto cuando se convierten en discípulos de los que se auto-proclaman guías espirituales, como cuando, sin sentir la llamada del amor divino y simplemente por la atracción externa de las prácticas de los sufíes, imitan sus actos o deciden emprender esta Senda por sí solos. Tales advertencias son frecuentes en los textos de la casi totalidad de los maestros sufíes.

El texto que a continuación le presento es una pequeña muestra de la obra *Qalat ol-sálekín* (*Las equivocaciones de los viajeros*) del maestro Ruzbahān Baqlí, originario de la ciudad de Shirāz (suroeste de Irán), uno de los maestros más venerados del siglo XII d. C. y con quien se dice que el sufismo amoroso persa alcanzó su más alta cumbre.

El texto es de por sí bastante aclaratorio, por lo que no considero preciso añadir nada a las palabras del maestro.⁴

Con la esperanza de que las palabras de Ruzbahān sean la luz que ilumine el camino, no sólo de los buscadores sino también de los que viajan en la Senda del amor.

EL TEXTO



Entre las equivocaciones de los buscadores está el tener opinión por sí mismos, el estar auto-satisfechos, de forma que no siguen a ningún maestro. Los culpables de este error dicen: «Tengo mi propio maestro». Así es, en efecto, pero ese maestro es Iblis. Como dijo el Profeta: «Aquel que no tiene maestro, tiene a Satán por maestro».

Otra es ser negligente en el respeto a las normas de la cortesía en todas las situaciones, cometiendo actos reprochables, con el pretexto de que ya «se ha llegado».

Otra es ignorar los niveles espirituales y los actos devocionales supererogatorios, haciendo que la desidia se convierta en costumbre y que tenga lugar la crítica a aquellos que son perseverantes en sus esfuerzos. Los que caen en esta equivocación proclaman que los devotos son incompletos y que están dominados por su *nafs*.

Otra es ser descortés, alegando que procede de un estado de expansión espiritual. Esto no tiene sentido, pues el estado de expansión deriva de un cumplimiento estricto de la cortesía.

Otra es burlarse de las prohibiciones y de las advertencias de precaución, pretendiendo que el cumplimiento de la Ley religiosa es para aquellos que no han alcanzado la meta, y que cuando se está en la Unidad divina, todo da lo mismo. Esta pretensión se basa en la ignorancia y en la falta de entendimiento de la relación que existe entre la voluntad propia y las pruebas a las que Dios somete al servidor, que hace que Dios le considere responsable de todas sus actuaciones.

Otra es relacionarse libremente con mujeres y con muchachos. Cuando aparece el amor real, sin embargo, la contemplación barre la concupiscencia, y al no quedar nada de lo humano [las pasiones] en el ser del

viajero, puede entonces sentarse en la asamblea de los enamorados de Dios [hombres, mujeres, jóvenes...].

Otra es considerar lícito el vino [y en general las bebidas alcohólicas y las drogas alucinógenas], afirmando que actúa como vehículo para alcanzar estados espirituales. Se trata de un estado totalmente desafortunado, aquel que precisa de un líquido rancio para alcanzarlo, pues la ebriedad de los hombres de la Senda procede de contemplar la Belleza de Dios que llena de fervor las almas de los enamorados.

Otro es dedicarse a cotillear. Los que cometen esta equivocación repiten cosas por su cuenta sin analizarlas con la medida de la Ley. Dan pábulo a fabulaciones, y siembran con ellas la discordia entre la gente. Son demonios los unos para los otros, y reciben sus palabras de Satán, de quien son seguidores, y se dice de ellos que son: *demonios para los hombres y para los jūin, que difunden maliciosamente charlas vanas entre los demás* (Qo 6,112).

El mayor error que pueden cometer las personas es no reconocer el camino correcto cuando se les indica y persistir en la vía de sus apetitos naturales. Sostienen que han observado e imitado los estados de compañeros, de padres, de dirigentes infieles. Y de esta forma, afirman lo que éstos decían: *Ciertamente, hemos visto que nuestros padres seguían esa religión y, en verdad, estamos siguiendo sus pasos* (Qo 43,23).

Otra es sostener que no se tiene control sobre aquello que lleva existiendo desde la preeternidad y que no puede cambiarse mediante la propia voluntad. Y entonces, en base a este argumento, concluir que uno puede dar libremente rienda suelta a las pasiones. Si se da por correcto este punto de vista, los actos que se derivan son repugnantes. Lo que desmiente esto es que las personas de esta ralea huyen cuando se ven heridas y afligidas, mientras que si practican lo que predicaban deberían aceptarlo todo como predestinado. ¿Por qué aceptan algunas cosas, y otras



Ilustración de Dong Gilbert

no? Utilizan este argumento como excusa para no cumplir sus deberes y para abandonarse a los placeres y a las pasiones del mundo y para, al mismo tiempo, despegarse de la fe.

Otra es permitirse ciertas libertades y pretender que Dios está detrás de los actos propios y que no se es, por tanto, responsable de lo que se hace. Con semejantes dispensas, las propuestas de este género legitiman lo ilícito y conducen rápidamente a la infidelidad. Es cierto que Dios es el realizador último de las actuaciones de todos los seres y el que origina todos los actos, tanto los buenos como los malos, pero las personas dignas de alabanza son aquellas con quien Dios está satisfecho desde la preeternidad, mientras que las reprobables son aquellas a las que Dios, disgustado con ellas desde la preeternidad, ha arrojado al pozo del error. Dice el Qorán: *Todo aquel al que Dios guía, está guiado rectamente, y todo aquel a quien rechaza estará, ciertamente, perdido* (7,178).

Otra es morar en el mundo de las fantasías y evocar imágenes que se toman luego por revelaciones visio-

narias. Los que cometen este error tienen su propio concepto de la Esencia y de los Atributos de Dios, que no son sino puras conjeturas y adoración de los productos de su imaginación. Refugiémonos en Dios de los funestos efectos de sus fantasías.

Otra es pretender que se ve a Dios con los ojos físicos. Esto puede que no sea del todo imposible en este mundo, pero no está soportado por la Tradición profética. Algunos de los que defienden esta postura no distinguen entre la revelación visionaria que procede de la observación directa (*ayān*) y la que procede de la clara evidencia (*bayān*), confundiendo porque afirman que ven de la misma manera con el ojo interior que con el ojo físico. Su ignorancia es, sin embargo, fruto de una extrema ingenuidad. Según las tradiciones proféticas, Satán está sentado en un trono entre el cielo y la tierra, y se presenta a alguna gente común con el propósito de hacer que se desvíen y que se impliquen en todo tipo de actividades. Todo aquello a lo que se

puede aludir mediante signos no es Dios, pues Dios es sin signos.

Otra es confundirse con la visión de las luces procedentes de los seres creados pensando que es la Luz de Dios, o sea, de la Esencia divina. La equivocación de esta gente reside en pensar que la Esencia se caracteriza por luz, cuando la verdadera luz de Dios es la guía recta y la gnosis de la Unicidad divina y de la dirección espiritual. Dios trasciende esa luz de la que hablan, aquella que es lo opuesto de la oscuridad. Dios tiene luces que están más allá de esas luces, pero esto no cabe en la imaginación. Si Dios, de hecho, proyectara una muestra de la Luz de su Majestad en el reino de la existencia, la cantidad que Él estimara conveniente, sin límite y sin medida, se consumirían todos los seres. Dios es único en todos los sentidos, y la Luz de su Majestad es eterna; el espíritu racional (*rub-e nāteqa*), un espíritu sagrado y señorial, se purifica con la luz de la teofanía, de modo que ve, conoce, oye y percibe todo mediante esa luz. A ello se refiere el Qorán cuando dice: *Dios es la Luz del cielo y de la tierra* (24,35).

Otra es encontrar atractiva la infidelidad, participando en los actos de aquellos que se han desviado. Los que caen en este error se dan cuenta de que, pasado algún tiempo, son incapaces de dejarlo atrás, pues están dominados por la hipocresía y preocupados por lo que los demás piensan de ellos; en efecto, los que se han metido en ese camino, se han abandonado a las pretensiones, y a las adulaciones y a los elogios de la gente, convirtiéndose en rehenes de sus propios *nafses*. Y así, les resulta agradable el camino de la infidelidad que han elegido, y les repugna toda idea de regresar al camino recto, no sea que por ese retorno pierdan todo el valor y la importancia que han adquirido a los ojos de los demás. Porque el aceptar la Ley religiosa exige la obediencia a sus normas, mas estos opresores se envanecen y se vanaglorian, y los dictados de la Ley pesarían grandemente sobre su *nafs* y causarían su humillación. Esos poderosos, amantes de sus po-

sesiones, no se doblegarán ante sus obligaciones religiosas, pues son una carga pesada de llevar: *Y ciertamente, es una carga extraordinaria, excepto para los humildes* (Qo 2,45).

Otra es preferir los ricos a los pobres, ignorando el hecho de que Dios ha elegido para Sí el mundo de la pobreza espiritual y el desapego de Sus viajeros. Dice el Qorán: *Dios es mejor y más duradero* (20,73). En otro lugar, también elogia a los sinceros: *pues los pobres que están en la miseria...* (2,273). El mismo Profeta se describía a sí mismo y a su comunidad como «los pobres», y renunciaba al mundo y a los bienes mundanales, diciendo: «La pobreza es mi orgullo».



Mientras busques la perla de la mina,
mina eres.
Mientras el pan deseas, pan eres.
Cuando comprendas esta sutileza,
verás que cualquier cosa que busques,
eso eres.

—Rumi

Otra es disfrazarse de sufí, sin conocer el estado interior de los sufíes, y contentarse meramente con el nombre y con las apariencias. Algunos se aprovechan, incluso, hipócritamente del prestigio de ser sufí, y se presentan a los demás como algo que no son. *Y, ciertamente, Dios no lleva a buen fin el engaño de los traidores* (Qo 12,52).

Otra es preferir el esfuerzo individual y menospreciar la confianza en Dios (*tawakol*). Los que cometen este error no se dan cuenta de que la confianza en Dios era el estado del Profeta, mientras que su esfuerzo individual representaba su tradición. La confianza en Dios es el camino de los fuertes, y el esfuerzo individual el de los débiles. Más aún, el que alcanza la morada de la confianza en Dios y se establece en ella no censura a los demás.

Algunos se equivocan afirmando que es mejor alcanzar el más allá mediante lo mundanal y no mediante la pobreza; los que caen en esta equi-

vocación lo hacen buscando una dispensa para ellos, para dedicarse a los placeres y a las pasiones. Hay que darse cuenta que se alcanza más fructíferamente la recompensa con el desapego del mundo que con ataduras y obstáculos.

Otra es evitar enfrentarse al *nafs*, inventando interpretaciones arbitrarias y absolutamente fraudulentas, para resguardar al ego del peso del reproche y de la pobreza, que le cuesta demasiado soportar. En efecto, estas personas, al no poder con su propio ego, se esconden tras el escudo de semejantes interpretaciones.

Otra es emprender diversas mortificaciones [y desafíos] espirituales, tras oír hablar de los grandes maestros, y de su gran nobleza a los ojos de Dios y de los hombres. Los que cometen esta equivocación prosiguen con sus esfuerzos durante largos periodos de tiempo, pero sin experimentar por ellos ninguna dulzura asociada a sus denuedos, ni alcanzar la calma en la presencia de Dios, ni recibir ningún reconocimiento por parte de la gente. Sufren en su lucha espiritual, inconscientes de que Dios no lo aprueba, y como su vigor inicial se torna en inercia, la gente, finalmente, les abandona.

Otra es la de algunos que se dejan ver de ciudad en ciudad para alcanzar fama y estima de la gente que cuenta haberlos visto. Los verdaderos compañeros de la Senda en el pasado no se prestaron nunca a este tipo de actividad.

Otra es repartir los bienes para parecer generoso y servicial con vistas a alcanzar el rango de guía espiritual. Los maestros del pasado tras repartir sus bienes sacrificaban también todo rango, dedicándose exclusivamente a servir a los compañeros de la Senda, y alejaban de sí cualquier pensamiento de retribución, pues la recompensa es ilícita en el camino de los enamorados.

Otra es pretender estar desapegado del mundo y estar, por tanto, habilitado para aprovecharse de todo lo que

se presenta, sin distinguir si procede de Dios o no, o si se trata de algo lícito o ilícito. Esta pretensión es la llave que da entrada a lo prohibido, al abrir la puerta a lo deliberado.

Otra es la de aquellos simples que recuerdan los poderes milagrosos y actos sobrenaturales de los maestros sufíes suponiendo que éstos pueden alcanzarse mediante el esfuerzo espiritual, sin darse cuenta que ese esfuerzo debe verse acompañado de una aptitud para los poderes y del respaldo de Dios. Cuando sus esfuerzos demuestran ser inútiles, los que caen en este error desacreditan los milagros realizados por los amigos de Dios. Esto tan sólo demuestra estupidez, no lucha espiritual, pues la lucha y el esfuerzo espirituales mediante Dios aportan poderes que derivan de la adhesión a Sus reglas, la Senda de la guía recta.

Otra es debilitarse por haber soportado arduas mortificaciones, como un ignorante, hasta el punto de no poder realizar los actos devocionales obligatorios. Los que cometen esta equivocación no saben que los maestros realizan sus prácticas ascéticas gradualmente, y no lanzándose sin medida.

Otra es dedicarse al ascetismo en montañas y cuevas, sin tener el estado ni las moradas espirituales de los maestros. Y también, imaginarse que se puede escapar de la sociedad y realizar prácticas ascéticas rigurosas para prevenir las influencias malignas del *nafs*. Los que caen en este error no se dan cuenta de que nunca estarán a salvo de la influencia negativa del *nafs*, y de que no pueden instalarse en su retiro sin tener el estado de los sufíes. Hacerlo sólo produce enfermedad, melancolía y alucinaciones, en lugar de facilitar estados y revelaciones visionarias.

Otra es emascularse, con la idea de que uno puede verse libre de la lujuria al estar privado de órganos sexuales. Los que cometen esta equivocación no saben que la concupiscencia no reside en los órganos sino en las

profundidades del propio ser y que mientras se existe, aquélla existe.

Otra es adentrarse en el desierto sin provisiones ni montura y así destruirse, sin ser consciente de que cuando lo hacen los maestros, encomiendan su alma al amor de Dios y tienen su corazón repleto de confianza en Dios y de certeza. El hambre y la saciedad, lo desierto y lo cultivado, son lo mismo para ellos.

Otra es dedicarse a actos extravagantes y vestir ropas de colores específcos. Estas personas piensan que, simplemente por asociarse con los sufíes e imitar ciegamente algunos de sus secretos y símbolos, se han convertido en verdaderos sufíes. Se equivocan, pues nadie se convierte en sufí con gestos y con vestidos. El final de esta falsedad es el remordimiento y el castigo divino.

Otra es amasar dinero en este mundo, acumulando tesoros, y dedicarse a enriquecerse y a especular, solazándose con ello mientras se ayuna y se reza, y haciendo ostentación de piedad y de humildad. Los que caen en este error sostienen que es necesario el dinero para perseverar en la devoción porque el corazón está entonces relajado y no se dispersa. Piensan que se trata de un estado para los elegidos. ¡Qué forma más espantosa de pensar! ¿Cómo puede la servidumbre realizarse adecuadamente sin ascetismo? Hasta que uno no se libera de obstáculos y de ataduras, no puede practicar correctamente la servidumbre.

Otra es aparentar ser sufí, haciendo demostración de baile, de canto de poemas, de braceo, de *samā*¹⁵ y de rasgarse las vestiduras. Los que cometen esta equivocación imaginan que, haciendo estas cosas, pueden alcanzar el estado de los amigos de Dios. ¡Qué presunción! No se puede alcanzar ninguna morada con un comportamiento tan llamativo.

Otra es sostener que la liberación sólo se puede alcanzar cerrando por completo los ojos al mundo de lo

creado pues, de lo contrario, no es una verdadera liberación. Esto es ilusorio. En realidad estas personas simplemente se apartan externamente de las demás criaturas; pues cuando uno alcanza la verdadera liberación, aun pasando el mundo junto con todo lo existe en él ante sus ojos, su visión sincera no será cegada por la polvarada de lo otro-que-Dios.

Otra es ignorar el espíritu de las enseñanzas sufíes, creyendo que el anonadamiento (*fana*) significa la aniquilación de las cualidades humanas. Los que caen en este error se vuelven locos y originan trastornos en ellos mismos. Otros dejan de comer y de beber y se quedan demacrados, por creer que el anonadamiento es el anonadamiento de la gratificación del alma por Dios en el misterio de la Unicidad divina, cuando en realidad el anonadamiento significa el anonadamiento en el anonadamiento.



Notas

- 1.- El califa que mandó asesinar cruelmente a Hossein, nieto del Profeta, y a toda su familia.
- 2.- Existen también algunos *zeker*s (Nombre divino que el maestro inculca al discípulo, a la hora de su iniciación, para que lo repita continuamente en su corazón) que son acompañados con movimientos externos, y que deben ser esencialmente practicados en soledad. Para más información, véase el libro *En la Taberna, paraíso del sufí*, del Dr. Javad Nurbakhsh.
- 3.- En contraste con la mayoría de los maestros sufíes de origen árabe que se inclinaban más en sus reuniones por la recitación de los versículos coránicos.
- 4.- Una versión más completa de dicho texto se incluye en la obra *Simbolismo sufí*, tomo 3, del Dr. Javad Nurbakhsh, de próxima publicación.
- 5.- La audición espiritual (*samā*), para más información véase el tomo 1 de esta obra y, también, *En la taberna, paraíso del sufí* del Dr. Javad Nurbakhsh.